

Las Besanas interiores de Rafael Requena

Siendo chica, mi padre, albacetense de la Llanura me decía: "Cuando seas mayor si puedes, viaja mucho y fijate siempre en la hermosura de los parajes de La Mancha, en las besanas que se extienden a lo largo y ancho de sus caminos y que las gentes del labrantío dicen "tierras tumbadas". Hallarás en ellas mucha serenidad para el alma, y porque tienen arraigadas nuestras raíces". Rafael Requena, amigo de tantas emociones, me habló también de esos parajes de su tierra de nacimiento, y ahora, conmovidos como estamos por una ausencia que esperábamos pero hemos asumido aún, traemos a su recuerdo el paisaje dorado y azul de sus besanas interiores, esas que fue trazando en tantos regresos al pueblo jamás olvidado, Lugar presentido en su ancho y generoso corazón como el enclave de sus sueños y que en su espléndida trayectoria como maestro imparable e inagotable de la Pintura, fue su más hermosa realidad humana.

Cumpliría este 18 de junio los 71 años de que le nacieran en un pueblo de Castilla-La Mancha fronterero con los perfiles mediterráneos de Murcia y Valencia, y desde que llegó a la vida, se le plantó en el corazón y en la sangre la Muy Noble, Fidelísima y Real Villa de Caudete que sería mandato de lealtades a las que jamás renunció, buena para él cualquier ocasión para hablar de la tierra-madre que había trabajado con sus manos y en la que aprendió las más hermosas ensoñaciones, al punto que amigos y paisanos de la Casa de Castilla-La Mancha de Madrid solíamos decir..."Hay que ver, a este manchego no se le cae de la boca el nombre de su Lugar". Cuando el tesón y sacrificio propios de los espíritus fuertes como el suyo le llevaron a la alta magistratura del Arte que creó y enseñó a tantos que hoy olvidan, Rafael, inmerso en la memoria de los años mozos, continuó dando testimonio de ser caudetano, manchego y español.

Hace años nos encontramos en éste ágora de sueños de tantos manchegos, Paz 4, primero de Madrid, Ciudad a la que llegó con 18 años y un inmenso bagaje de ilusiones aprehendidas en la vocación artística y de la que fue vecino hasta su fallecimiento en febrero pasado. Nos hicimos enseguida amigos, quizá por ese latido de mancheguías andantes que llevamos en el alma y nuestras conversaciones ¿de qué podían ir?...Pues de la tierra amada y amasada con el sudor y la sangre de nuestros mayores. En el ejercicio del Periodismo le entrevisté muchas veces y en todas logró emocionarme por su sencillez y honestidad en el decir y el hacer. El fue quien me presentó a otros artistas o aspirantes a serlo, "a ver si entre todos podemos ayudarles". No hace falta mentar a nadie como decimos por la tierra, ellos, los que lo agradecieron y desagradocieron, lo saben ya. Yo puedo decir alto y claro que pocas veces a lo largo de toda mi vida profesional, he encontrado personas de la talla humana de Rafael.

Los abuelos, los padres, los hermanicos

Fueron muchas y hermosas las besanas del alma de Rafael Requena, nacido en un Lugar de nobles y

buenas gentes de campo, labradores de hacer y mirar limpio que se arrimaban al sogato de la lumbre baja o a la fresca de las noches de estío en la era, para hablar de las cosas del labrantío porque, me contaba Rafael, "en Caudete, éramos como una gran familia para ayudarnos unos a otros cuando había que ir a la vendimia, recoger la cosecha, preparar la besana para la siembra"...Hablaban con gran cariño de los abuelos, Francisco y Pepica, Miguel y Feliciano, los padres Rosario y Miguel, los hermanicos Miguel que murió joven, Pepita, Paco, José y Feliciano, los parientes, los amigos, "que unos más, otros menos, éramos todos una gran familia y las raíces de los Requena en Caudete están todas en un mismo árbol genealógico, con muchas ramas". Fue hombre de lealtades y si Lealtad como yo la entiendo es también memoria, y cercanía de las cosas, en la de él estuvo y permaneció toda la vida de manera firme la de sus raíces y orígenes "...la casa del abuelo Francisco en la calle Molino, grande, de tres plantas, con la "cambrá" donde secar el maíz y poner al oreo las matanzas, el lagar en el que uva, el corral, la puerta de carros, aquella sensación extraña y serena de haber salido a las faenas del campo, -entonces se iba a la escuela hasta los 14 años y luego los chiquillos nos metíamos en las labores de la tierra". Cuando Rafael se quedaba pensativo de estas cosas, estaba mirando a las besanas de su tierra amada.

Terminada la Guerra Civil empezó a ir a la Escuela y nunca olvidó los nombres de sus maestros, don José, don Manuel, don Gabriel, por los que sintió toda la vida una gran gratitud, ya que ellos enseguida se dieron cuenta que el chiquillo lo hacía muy bien y le sacaban a la pizarra para que explicara el Evangelio en dibujos. El se sentía muy orgulloso de ser buen dibujante, e iba a todas partes con sus láminas y lápices. Cuando estaba en el campo, al dar de mano en la faena para tomarse un descanso y almorzar, Rafael sacaba sus archiperres y pintaba un paisaje, la era donde trillaban, la torre de la Iglesia de Santa Catalina, el castillo medio en ruinas..."!O uno de esos atardeceres que hay en Caudete, y como mi hermano Miguel moldeaba cacharros de barro preciosos, yo los pintaba. Sí, son cosas, sentimientos que se llevan siempre dentro del corazón".

La caja de colores que vio en la Calle Ancha

No estaban los padres muy de acuerdo con las ideas de Rafaelico, porque entendían que lo más importante era labrarse un futuro y tener un buen trabajo ante todo, pero veían que el chico dibujaba bien y ya hacía sus pinitos y Miguel pedía las láminas para enseñarlas a sus compañeros. A él cada día le tiraba la vocación con fuerza y aunque no era fácil, se metió en Certámenes en Albacete y obtuvo premios a nivel local, provincial y nacional. Con ocasión de venir a Madrid de Campamento, en la Ciudad Universitaria que en aquellos años crecía en las afueras y Rafael se quedó plantado a la puerta de la Facultad de Bellas Artes preguntándose: "¿Podré entrar ahí yo alguna